

Martínez Moro, J. (2018). *Dionisos, Picasso y los niños. Breviario para docentes inconformistas*. Madrid: Ediciones de la Torre. 176pp. ISBN 978-84-7960-815-6

La obra que aquí se reseña es fruto de una amplia labor reflexiva e investigadora por parte de su autor quien, a través de su experiencia profesional y vital como docente y artista, demuestra en esta ocasión, como también lo ha hecho en anteriores producciones, un sólido conocimiento sobre el arte y la educación artística desde una postura crítica y comprometida. En esta ocasión estamos ante un texto con una clara vocación pedagógica y un enfoque didáctico en el que el Juan Martínez Moro expresa un pensamiento personal sólidamente argumentado y razonado desde una base humanista, filosófica, psicológica, antropológica y dialéctica.

El primer capítulo plantea una pregunta reto para cualquier docente: ¿cuáles han de ser los márgenes de partida para la fruición estética –y consecuentemente también ética– infantil? Con el fin de no caer en convenciones ideológicas dominantes y en pro de una apertura fenomenológica de amplio espectro, se propone al profesional docente la búsqueda de inspiración a partir de figuras como la del dios griego Dionisos, Picasso y numerosas referencias de las vanguardias artísticas del siglo XX. La narración nos adentra en la relación existente entre los mitos clásicos y el mundo infantil, ofreciendo profusos ejemplos de personajes literarios de ficción llenos de simbolismos que se emergen protagonistas de realidades alternativas, heterodoxas, singulares o incluso absurdas y que, al igual que Dionisos, se abren al disfrute, a la fiesta y a la emoción; cuentos en los que la estética de la belleza y de lo siniestro ponen de manifiesto cuestiones consustanciales a la condición humana y, por ello, susceptibles de ser identificadas en las creaciones artísticas de cualquier tiempo. Y es que el ser humano, especialmente en su infancia, posee una naturaleza esencialmente plástica, potencialmente heurística y creativa. El niño, en su autoexpresión espontánea, natural, inocente, pura y desenfadada, ofrece valores que han sido descubiertos, estudiados y difundidos por relevantes artistas de las principales vanguardias del pasado siglo. Desde estas premisas, con mucho acierto, Martínez Moro afirma que el sistema educativo ha de alejarse de demagogias fundamentalistas, convencionalistas y ancladas en una visión simplista y edulcorada del arte. En su opinión, la pedagogía contemporánea ha de asumir una posición que defienda la creatividad como juego, capaz de despertar el espíritu y las emociones, como lo hace el niño.

El segundo capítulo toma como punto de partida la dialéctica del pensamiento moderno, defensora de una antropología pedagógica centrada en posiciones universales de lo humano, para avanzar hacia enfoques contemporáneos que contemplan las transformaciones psicológicas, sociales, económicas, políticas y tecnológicas del mundo globalizado actual y que requieren una reubicación de lo humano que ha de ser obligatoriamente revisada. Desde esta reflexión, se apuesta por la doble posición humanista y científica de la arqueología cognitiva como una disciplina integradora de lo humano y que tiene claros beneficios en el campo de la didáctica plástica y la creación artística. Defendida esta disciplina por el autor a partir de rigurosas fuentes,

el planteamiento pedagógico en su aplicación didáctica infantil desde la arqueología cognitiva supone en este libro uno de los planteamientos de mayor innovación. Especialmente relevante es la parte en la que el autor, basándose en la Teoría Extendida de la Mente, afirma cómo el contacto directo del niño con la materia actúa retroalimentándose en una fructífera conexión mano-ojo-cerebro. La mente, en su condición de plasticidad, va madurando y construyéndose desde la interacción con objetos y todo tipo de materiales externos, sin encontrar límites en las fronteras físicas delimitadas por el propio cuerpo. Desde las primeras etapas arquetípicas y pre-esquemáticas del garabato hasta etapas evolutivas posteriores el niño irá elaborando y representando un lenguaje visual personal en el que va demostrando poseer principios básicos, desde el punto de vista genealógico, sobre la condición humana.

El conocimiento que aporta la lectura ofrece una verdadera oportunidad para reflexionar sobre el papel del educador. Como transmisores y guías en la búsqueda de formas de conocimiento creativo con el alumnado y no como meros instructores de actividades donde el niño se limita a copiar lo que tiene frente a sus ojos, las aportaciones de la obra invitan a los docentes a cuestionarse la necesidad de adquirir una amplia formación en cultura, a realizar un estudio intelectual de observación y análisis de la realidad y a sensibilizarse positiva y críticamente respecto a las diversas realidades artísticas históricas y coetáneas. Y en este necesario cuestionamiento, la propia institución educativa debe ser objeto igualmente de análisis.

Esta línea argumental nos conduce de lleno al tercer capítulo, dedicado mayoritariamente a reflexionar sobre la idealización por parte de los modelos educativos actuales de dos conceptos clave, creatividad e inteligencia emocional. Se posiciona el autor desde una óptica crítica con el reduccionismo con el que ambos son abordados y con un modelo de escuela estereotipado, dirigido, que no tiene en cuenta la entidad personal que es capaz de ofrecer un dibujo infantil. Siendo la creatividad un fenómeno complejo y con una profunda carga semántica, tristemente ha ido empobreciéndose y banalizándose bajo condicionamientos impuestos por los contextos culturales y económicos dominantes. Martínez Moro defiende que la creatividad debe ser abordada desde la sólida búsqueda de conocimientos en relación con cada área disciplinar específica. Igualmente se postula en contra de las tendencias actuales educativas que abordan un trabajo emocional en las aulas ligadas al autocontrol y al logro de la felicidad, propuestas didácticas llenas de clichés y productos encapsulados y artificiales, citando como ejemplo los tan usados emoticonos. Pero, ¿por qué esta simplificación cuando las emociones son una parte esencial de la inteligencia, del razonamiento ético y estético humano, con marcados antecedentes culturales y antropológicos compartidos y, por tanto, resultan imprescindibles para el desarrollo de la persona?

No es desdeñable la constatación apuntada en el texto sobre la paulatina desaparición de las artes y humanidades en los currículos educativos. Si bien estas disciplinas defienden la creatividad de acuerdo con parámetros vinculados al logro de algo nuevo y original, hoy existe una idea de creatividad sistémica y pancreacionista. Y en ello algo tiene que ver la era digital, el gigante internet con pies de barro, donde lo que prima es la productividad vinculada a los propios medios y herramientas existentes, que restringen el pensamiento y se oponen a otro tipo de construcciones mentales que permiten generar ideas alternativas. El autor es crítico con este universo digital y mediático, un magnífico negocio, el de internet, que dista mucho de contribuir a la creación artística por ser un lenguaje limitado, circunscrito a un código

unívoco servido en paquetes de información. El excesivo uso de medios digitales en la infancia solo contribuirá a que el niño abandone el dibujo hecho con sus propias manos además de incrementar los estereotipos e iconos propios de dichos medios y soportes, mermando en el pequeño la posibilidad de resistirse, esforzarse y desarrollar su auténtica creatividad.

En aras de una labor docente de calidad, el cuarto y último capítulo ofrece soluciones prácticas para la expresión plástica infantil y la didáctica del arte que pueden servir de ayuda a educadores. El autor reivindica la consciencia plena por parte del educador sobre el mismo hecho de creación artística, un acontecimiento relacionado con formas alternativas de conocimiento que han de estar alejadas de métodos fijos y normativos, condicionamientos, tópicos, imposiciones y discursos falsos sobre el arte, pues este no es, en medida alguna, ni pasatiempo ni ocio. Como tampoco, y teniendo en cuenta su polisemia semiótica, el arte ha de mirarse desde la literalidad representativa que, en el caso que nos ocupa, es conferida a la pura narración y descripción de las imágenes. De manera magistral, en el capítulo se plantean acciones didácticas basadas en las perspectivas humanista, antropológica y crítica con el fin de que el docente tenga un conocimiento sobre la realidad plástica infantil y su evolución por etapas, con criterios realistas y objetivos sobre lo que implica la educación artística en estas edades. Un camino propedéutico posmoderno, desprejuiciado y cimentado desde la tolerancia a lo ambiguo, la diversidad y la divergencia.

Nos encontramos con una obra genuina y rigurosa, subversiva y provocadora en más de una ocasión, que invita a un cuestionamiento sobre el arte y su didáctica, sobre la responsabilidad del docente en su labor profesional; un texto relevante cuya lectura difícilmente deja indiferente al lector, pues remueve el pensamiento, contribuye inevitablemente a poner en tela de juicio los modelos educativos actuales, incita a la experiencia introspectiva y alimenta la curiosidad por la cultura y la condición humana. Una obligada y necesaria referencia no solo para docentes inconformistas, como bien reza el subtítulo del libro; también para artistas, estudiantes y toda persona que, desde su edad adulta, se atreva a volver al pasado, a una infancia en la que el arte era juego y el juego era arte; pues, citando las palabras de este brillante autor, “ambas son experiencias que modifican a quien las experimenta”.

María Elena Riaño Galán
Universidad de Cantabria
elena.riano@unican.es